

y los ligurios, que componían la tercera parte del ejército púnico, combatieron con toda la animosidad de la raza gala contra la nación romana, Aníbal fué vencido.

Entonces prevaleció la opinión de los que querían entrar en convenios, y celebraron la paz bajo las siguientes estipulaciones: Cartago conservaba su territorio y su gobierno, entregando todos sus elefantes y todas sus naves, á excepción de los triremes; se obligaban á pagar 10.000 talentos en el término de cincuenta años; á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma; á restituir á Massinisa, todo lo que habían poseído sus progenitores y á dar cien rehenes.

Esta era una de aquellas paces, que vulneran la soberanía de un pueblo. Cartago vió como se le arrebatában las quinientas naves con que no había sabido estorbar el desembarco de Escipión; tuvo necesidad de permitir á sus puertas la vecindad del turbulento Massinisa, ocupado de continuo en dañarla, sin que le fuera lícito declararle guerra. Cuando el embajador cartaginés se presentó en Roma para solicitar la sanción del tratado, un senador le hizo la siguiente pregunta: *¡A qué dioses invocareis ahora en testimonio, después de haber sido perjuros á todos!*—*A aquellos*, respondió el cartaginés *que con tanto rigor nos han castigado. ¡Muy humillada se sentía Cartago!*

El despecho de semejante humillación elevó á la cumbre del poder á Aníbal, que fué el único que permaneció en pie cuando todos yacían por tierra en torno suyo. Seis mil quinientos mercenarios habituados á vencer y á vivir del botín bajo sus órdenes en España y en Italia, le hacían señor absoluto dentro de la desarmada Cartago. Se hizo, pues, nombrar sufeto y emprendió la reforma del gobierno. Viendo que la gerusia se había abrogado un poder tiránico sobre las haciendas y las personas, de perpétuas que eran, hizo anuales las magistraturas. Escarneciendo á aquellos mercaderes que se desconsolaban por tener que pagar el primer plazo del tributo impuesto, mucho más de lo que se habían desconsolado al ser incendiada su escuadra, mejoró la administración de las rentas, recobró los antiguos créditos, ordenó que volviera al fisco el dinero mal adquirido y probó que las represiones de los antiguos con-

fusionarios pueden producir más que un nuevo impuesto. Hizo redundar en su provecho la ociosidad de sus soldados empleándoles en plantar olivos, con la esperanza de que la agricultura y el comercio ayudaran á ingerir nueva sangre en las venas agotadas de Cartago, que quería convertir en centro de una grande coalición contra Roma.

## CAPÍTULO XX.

Guerras de Roma en Europa y en Asia.

Fuerte Roma, se entregaba al orgulloso júbilo de una gran victoria. Si había visto durante una larga guerra devastados por Aníbal su territorio y el de sus aliados, acababa de asegurar su dominación en toda Italia, en los mares y en provincias florecientes. En lo interior había adquirido el Senado la preponderancia que naturalmente adquiere en una república belicosa, y quería conservarla. Aplicábase, pues, la prudencia de los hombres de Estado á dirigir con destreza el brazo de los valientes defensores de la patria. Cuando el arte militar había decaído en los demás países al pasar á manos de mercenarios, ó no teniendo otras reglas que el ímpetu desordenado de la muchedumbre en unas partes, y el capricho de los tiranos en otras, para Roma consistía ménos en ganar batallas que en preparar poco á poco victorias con ayuda de una intervención pacífica, de diestras maniobras, de una constancia artificiosa, ora para impedir, ora para disolver todas las coaliciones que la envidia ó el amor de la independencia procuraban oponer á sus conquistas.

Roma tenía que combatir en Oriente y en Occidente á muy diversos enemigos. Desde el año 206 formaba España dos provincias romanas, la Citerior y la Ulterior. Doblada, pero no domeñada, se alzaba con obstinación indecible contra su dominadora. Juntábanse los españoles por asociaciones numerosas, cuyos miembros estaban ligados con juramento de vida y muerte; ni uno sólo era perjuro ó no sobrevivía á los demás. Una madre cántabra prefirió matar á su hijo á dejarle en poder del enemigo; un hijo, por mandato de su padre, restituyó la libertad á sus deudos encadenados dándole muerte. Al espirar en la cruz los prisioneros

neros entonaban canciones bélicas é insultaban á sus verdugos. ¿Debe causar asombro que se insurreccionaran gentes de este calibre y exterminaran al pretor Sempronio Tuditano y á su ejército todo?

Magon había dejado en la Galia cisalpina á un guerrero experimentado, llamado Amilcar, que prefería una vida agitada en medio de los enemigos de Roma á la tranquilidad sin gloria de que hubiera podido gozar en Cartago. Supo excitar de tal modo á los cisalpinos, boios, insubrios, cenomanos y ligurios, que se ligaron mutuamente incendiaron la colonia de Plasencia y amenazaron á Cremona (201); pero fueron vencidos bajo los muros de esta última ciudad por Lucio Furio, y pereció el mismo Amilcar peleando. La suerte de la guerra varió en el año siguiente. Resuelta después Roma á acabar con ella, invadió á la vez por una parte la Liguria y por otra la Insubria (197); pero le fué de suma utilidad ganar á los ávidos cenomanos, que en el furor del combate se pasaron á los romanos causando la total derrota de los galos (195). No bastó este revés á subyugar á los boios y los insubrios; diéronse aún grandes combates antes que Claudio Marcelo se apoderase de Comos y de veintiocho plazas fuertes, de las cuales sacó un inmenso botín que llevó á Roma. Fueron enviados aún tres ejércitos más contra ellos en el trascurso de los años siguientes. Uniendo á la disciplina el encarnizamiento del odio nacional, assolaban todo el país. Era tal el estrago (192), que algunos de los más ricos habitantes iban á refugiarse al lado de los mismos romanos, donde por lo común sufrían los más atroces tratamientos. Un mancebo, objeto de los vergonzosos amores de Quintio Flaminio, se quejaba de haber tenido que abandonar á Roma por seguirle en la víspera de una lucha de gladiadores, espectáculo que le divertía mucho. Estaban aún ambos en la mesa haciendo ostentación de excesos y obscenidades, cuando se anuncia á Flaminio que acaba de llegar un jefe de boios con su familia. Es introducido acompañado de los suyos; expone su petición y reclama protección y hospitalidad. Un pensamiento terrible se apodera de la imaginación de Flaminio, y volviéndose á su favorito:—*Me has sacrificado, dice, el placer de una lucha de gladiadores; voy á recompensarte con el es-*

pectáculo de la muerte de estos galos.—Al decir estas palabras, blandiendo su espada hier e á los galos, quienes invocando en vano la fé divina y humana, caen asesinados. Ocho años se pasaron y sólo bajo la censura del severo Catón fué cuando se pidió cuenta á Flaminio de este hecho.

Júzguese de qué modo obraría la soldadesca procediendo el cónsul de esta manera; dígame á cuál de los dos bandos cuadraba el epíteto de bárbaro. Escipión Nasica mató un día á veinte mil boios, y á tres mil los cogió prisioneros (191). Cuando pidió al Senado los honores del triunfo, se jactó de no haber dejado con vida en el país más que á los niños y á los ancianos, é hizo marchar detrás de su carro á los más nobles prisioneros galos, confundidos con los caballos; este era el hombre que por su virtud había sido recompensado. Entonces depositó en el tesoro de la república mil cuatrocientos setenta collares de oro, doscientas cuarenta y cinco libras del mismo metal, dos mil trescientas cuarenta libras de plata en barras y en vasijas de fábrica gala; por último, doscientas treinta mil monedas de plata. Enviado acto continuo á la Galia Cisalpina para poner remate á su obra, ocupó á mano armada el territorio confiscado; pero inspiraron tal horror las enseñas romanas, que los débiles residuos de ciento doce tribus boias, prefirieron emigrar y se trasladaron á la confluencia del Danubio y del Sava. A la sazón quedó raído del suelo italiano hasta el nombre de los boios, de los lingones, de los anamanos. Pobláronse de nuevo las colonias de Plasencia, Cremona y Mutina, fundándose las de Parma y Bolonia. Sometiéronse al yugo los insubrios; recibieron los cenomanos el precio de su perfidia; también cedieron los venetos; resistieron más tiempo los ligurios á las fechorías de los romanos, aunque al fin sucumbieron á la fuerza (187).

Habían ocupado los galos la alta Italia por espacio de cuatrocientos años desde el tiempo de Beloveso. Desde entonces formó el país la provincia de la Galia Cisalpina ó *Togata*, y Roma declaró que la naturaleza había levantado los Alpes entre los italianos y los galos: ¡desventurados de éstos si tenían la osadía de volver á salvar aquellos montes!

Por lo que hace á Oriente, hemos visto agru-



parse en ligas los pequeños y turbulentos Estados de la Grecia, como también las grandes potencias del Asia. Habiéndose aliado Macedonia y Siria contra Egipto, esta nación se acercó á los romanos, cuya amistad era codiciada tanto por el rey de Persia, como por Rodas y la liga etolia. Tan pobres de fuerzas como opulentos de pretensiones, los etolios se colocaban al nivel de Roma; lisonjeábanse los rodios de tener la balanza entre ésta y Macedonia. Donde quiera se ocultaba una inmensa corrupción bajo la apariencia de la urbanidad, de las letras y de las bellas artes; de tantas mortíferas guerras había salido un gobierno tan inmoral como infuico. Mas para que los Estados puedan ser infucos con toda seguridad, se necesita que sean fuertes; mientras éstos eran pequeños y dependientes, ó bien compuestos de elementos heterogéneos, siempre con propensión de desunirse, y sosteniéndose con tropas enervadas en la muelle Asia.

Philipo, rey de Macedonia, había dictado á los aliados la paz en Naupacta, para aprestarse á la guerra y equipar una escuadra contra Rodas y el rey de Pérgamo, intentando proteger á la Tracia, único paso para penetrar hasta la Macedonia. Cuando los aqueos reclamaron su ayuda contra la liga etolia, pudo colocarse al frente de la Grecia y reunir ambas ligas contra los romanos; pero á pesar de ser político, delicado y de genial suave, fué corrompido por los aduladores. En vez de captarse la voluntad de los dos bandos, se la enajenó con innobles desafueros. Deshonró á la familia de Arato, luego envenenó á este general cuando era por la décimasetima vez pretor de los aqueos. Intentó asesinar á Filopemeno, se apoderó, en fin, por traición de Itoma, lo cual determinó á los etolios y á los espartanos á implorar en contra suya el auxilio de los romanos.

Allí encontraba Roma uno de aquellos pretextos que buscaba de continuo para abrazar el partido de los débiles y para combatir á los fuertes, siempre que le redundaba provecho. Cuando el pueblo romano entendió que se le proponía una nueva expedición contra Philipo de Macedonia, tras diez y seis años de sangrientas lides, se mostró mal dispuesto, y se negaron á ella treinta y cinco tribus. Pero al Senado le importaba mucho conservar peleando

el poder dictatorial que había adquirido con la guerra; le convenía que los indóciles hijos de aquellos antiguos plebeyos, que guardaban memoria del Aventino y del Monte Sacro, perecieran en la lucha y cedieran el puesto á los latinos, á los italianos, á los libertos, población nueva y más fácil de manejar. Prevalció, pues, el Senado, mandó dar principio á las hostilidades (200), y fiel á su sistema, quiso atacar al enemigo en el corazón de sus Estados; pero sus escarpadas montañas, que prestaban abrigo á la Macedonia, defendida por los peones de la Epira y por la caballería tesaliana, le hicieron pagar cara su tentativa.

Tito Quincio Flaminino vió más claro el partido que debía seguir. Era uno de aquellos hombres de guerra á quienes inicia en las estratagemas políticas el ejercicio de las armas; león ó zorra, según cumplía á su designio, empleaba á los pueblos y á los individuos para el mejor logro de sus fines. Sus predecesores habían tenido costumbre de pasar casi todo el año de su consulado en disfrutar de los honores civiles; luego, cuando estaban próximas á espirar sus funciones, empezaban la guerra con la intención de que se prorogara su mando, á fin de que pudiesen terminarla. Por el contrario, Flaminino, desdeñando las prerogativas de la ciudad, marchó al punto al combate al frente de gran número de soldados, que á las órdenes de Escipion y contra Anibal y Asdrubal, se habían amaestrado en el ejercicio de las armas.

Convencido de que el arsenal, el granero y el tesoro de Philipo era la misma Grecia, comprendió que á ella convenía dirigir el ataque, si bien no á mano armada, sino como hizo luego el general Bonaparte, exclamando desde Querasque: *Pueblo de Italia, venimos á romper vuestras cadenas; nuestros enemigos son vuestros tiranos.* Flaminino se anunció prometiendo la libertad, y como enviado por una república á fin de restablecer gobiernos de esta especie en toda la Grecia; evocaba los recuerdos del antiguo heroísmo, invitando á los griegos á mostrarse tales como habían sido. Prestábanle asenso los griegos, y él, riéndose de su credulidad, no desperdiciaba la ocasión de aprovecharla. Adelantándose hácia Tebas para hacerse dueño de ella, sus principales ciudadanos le salían al encuentro; Flaminino les acoje con grandes

demostraciones, les abraza; conversando familiarmente prosigue su marcha y penetra en Tebas, donde suprime la libertad, tan mal guardada por los beocios. Un tratado le abre paso para entrar en Macedonia, y en breve arranca la Epira á Philipo, negándose los aqueos á asistirle como él mismo lo hiciera antes. Se separan de la alianza de Philipo la Focidia, la Eubea, la Beocia; irritadas las grandes ciudades de Tesalia de que por defender el país arruinase las ciudades pequeñas, se declaran por los romanos; de suerte que Philipo, ascendido al trono en tan favorable coyuntura para realzar la Grecia, circuncidado desde ahora por una política esencialmente nueva, no procede más que á la aventura, alternativamente humilde, arrogante, temerario y sin aliento. Flaminino le presenta al fin batalla cerca de las colinas de Cinocéfales, cuyas desigualdades oponen obstáculo á la unión compacta de la falange, y permiten á la legión móvil y divisible penetrar por los trechos no ocupados; es vencido y cede la táctica antigua á la moderna (197).

Filipo solicita entonces entrar en negociaciones. Como se hubiese prometido á los etolios que les pertenecerían todas las ciudades tomadas, insistían á fin de que aquel rey fuese exterminado; mas Flaminino, atento á estorbar su preponderancia, pretende que sería inoportuno destruir tan firme barrera contra los tracios y los galos, habla de humanidad, de generosidad, de respeto á los vencidos, declarando que bastaba á Roma haber restituido su libertad á la Grecia. Redujéronse, pues, las condiciones de la paz á que los diferentes estados del Asia y de la Europa continuaran independientes; Philipo retiraría de allí sus guarniciones, entregaría toda su escuadra, no emprendería fuera de Macedonia ninguna guerra sin el consentimiento de Roma; pagaría una suma de 1.000 talentos y daría en rehenes su hijo Demetrio.

Así no sacaron los etolios ningún fruto de la victoria que habían proporcionado. Su despecho les indujo á revelar á los griegos los secretos designios de Roma; decían en alta voz que aquello no era ser libres, sino tener una cadena ménos pesada y tenerla al cuello en vez de tenerla en los pies; pero los griegos tenían mucha más confianza en Flaminino, que hablaba su idioma con toda pureza, componía en

griego epigramas contra los etolios, y suspendía en Dólfos un escudo con una inscripción que hacia descender de Eneas á los romanos. En el momento en que el sagaz caudillo presidía los juegos ístmicos, mandó que un heraldo proclamara el siguiente decreto (196): *El senado y el pueblo romano y el procónsul Q. Flaminino, vencedor de Philipo y los macedonios, declaran libres y exentos de tributos á los corintios, á los focidios, á los eubeos, á los locrios, á los pilittas, á los magnesios, á los aqueos, á los tesalios y perebos.*

¿Quién es capaz de describir el alborozo de los griegos al anunciarles que su libertad les era restituida? Pidieron que se repitiera la lectura del decreto, osando apenas dar crédito á sus propios oídos, y estallaron aclamaciones tan ruidosas, que es fama haberse visto caer revoloteando de los aires algunos cuervos aturridos por tan súbitos clamores. Flaminino corrió riesgo de morir sofocado. Todo se volvió abrazos, banquetes, orgías; hubo también competencia de odas y de epigramas; dedicáronse tripodes al héroe de la raza de Eneas; se ofrecieron sacrificios en honor de Tito y de Hércules, de Tito y de Apolo Delfico. Por espacio de muchos siglos hacia un sacerdote de Flaminino libaciones sobre el ara, entonando este himno: *Veneremos la fé sin mácula de los romanos, juraremos conservarles eterna memoria; cantad ¡oh musas, al grandísimo Júpiter, á Roma, Tito y la fé romana! ¡Oh Apolo curador! ¡Oh Tito salvador!*

La más grata recompensa que recibió el cónsul fué la entrega que le hicieron los aqueos de mil doscientos romanos redimidos por ellos á razón de veinticinco minas por cabeza, los cuales habían caído prisioneros en la guerra de Anibal, y vendidos como esclavos gemían en el territorio de la Grecia; lisonjeábanse no ménos ver á sus hijos y á sus hermanos saludados con el título de libertadores.

Aquel afortunado truhan retiró sus guarniciones de las fortalezas de Corinto, de Chalcis y de Demetriada y prometió no dejar en Grecia un soldado romano. Sin embargo, negóse á libertar á Esparta del tirano Nabis, y aun prestó ayuda á éste contra los aqueos y á Philipo contra los etolios. Querer que cada ciudad conservase sus leyes propias, era mantenerlas des-



unidas, á fin de poderlas avasallar fácilmente y á su albedrío; era también estorbar que adquiriera robustez la liga aquea; empresa tanto más cómoda cuanto que cada una de las ciudades vió formarse en su seno un partido favorable á los romanos contra otro que les fué siempre adverso. Bastaba el simple buen sentido para apercibirse de que no había recuperado la libertad Grecia, que todo se reducía á haber pasado de la dominación macedónica á la romana.

Roma había arrancado su escuadra á Grecia como se la había quitado á Cartago, realizando así de día en día el proyecto de dominar los mares, sin tener una marina considerable y continuando potencia continental.

Entretanto los etolios, poco inclinados por su índole al reposo, manifestaban recelos de que los romanos diferían retirar enteramente sus tropas de la Grecia libertada, y tentaron apoderarse de Esparta, de Chalcis y de Demetriada. No causó este movimiento poca inquietud á los romanos, atendido á que habiéndose insurreccionado en la misma época los españoles, habían obligado al pretor Catón á dar nuevos combates que tuvieron por resultado la toma de cuatrocientas ciudades, cuyas fortificaciones fueron arrasadas (198); por otra parte, los boios y los ligurios oponían aún resistencia en los Alpes y hacían pagar cara la victoria á los enemigos.

Probablemente atizaba aquellos focos de rebelión Anibal, que deseando inspirar á todos su odio contra Roma, procuraba formar una coalición entre Cartago, la Siria y quizá también la Macedonia, á que se hubieran reunido los pequeños estados de Grecia, desengañados de las promesas romanas y persuadidos desde entonces de que la libertad no se recibe en donación, sino que es menester conquistarla.

Las ciudades libres de Grecia pretendieron que las franquicias otorgadas por los romanos, debían hacerse extensivas á las ciudades libres del Asia, especialmente á las que pertenecían á Antioco. Este sostenía por el contrario (192) que nadie tenía derecho de mezclarse en los asuntos del Asia. Había adquirido el sobrenombre de Grande, no tanto por sus triunfos militares como por su liberalidad y su clemencia, y especialmente por la prudencia con que se conducía á la edad de cerca de cincuenta años;

mas entonces cayó en una irresolución pusilánime que fué para él origen de grandes desastres. Cuando alegando antiguas pretensiones ocupó el Chersoneso de Tracia, los romanos que iban en demanda de Smirna, de Lamsaca y del rey de Egipto, le intimaron que no pusiera el pié en Europa; pero sugeridos por consejeros que, extraños á los negocios exteriores, juzgaban de Roma por el Oriente, les respondió que no se ocupaba de Italia y que procedieran ellos del mismo modo con sus Estados. Suponiendo cercana la muerte de Ptolomeo Filopator, alargaba ya la mano hácia la Celesiria, la Fenicia y el Egipto. Se acrecentó aún más su ardor cuando inquietado Anibal por los romanos en su patria, se refugió á su lado. Meditaba á la sazón el gran aventurero una alianza entre Antioco, el rey de Macedonia y Cartago; alianza que debía hacerle tomar con un ejército á Italia. Con este pensamiento envió á Cartago un tirio, que se presentó allí como negociante, y no dándose á conocer más que á los amigos de Anibal, les comunicaba de viva voz lo que era peligroso confiar á la escritura; mas descubierta este agente tuvo que apelar á la fuga, y los tímidos cartagineses renovaron con este motivo las protestas de sumisión á los romanos.

Afortunadamente para Roma, no se fiaba Antioco de Anibal, ya porque fuese incapaz de comprender su genio, ya porque le faltara paciencia para sufrir las representaciones de aquel adalid severo, que le veía despechado arrastrar en pos de sí un tropel de esclavos, y soñar triunfos, cabalgando en un elefante y en medio de seductoras mujeres. De buen grado prestó oídos el rey de Siria á los etolios, que deseando atraer la guerra á Grecia á fin de explotarla en su provecho, le aseguraban que los pueblos se levantarían en su favor por todas partes, no bien hubiera cubierto los mares con sus bajeles. Sedujo con promesas, pero no decía verdad ninguno de los dos contratantes. Antioco no llevó más que diez mil soldados á Grecia; los etolios y Nabis, tirano de Esparta, fueron los únicos que se presentaron en la palestra; tuvieron los romanos sobrado tiempo para llegar á aquel punto, batirlos en detalle y mandar quitar la vida á Nabis.

Antioco adoptaba el sistema más funesto: el de la incertidumbre. Tan pronto distinguía á

Anibal con su confianza, convenía en que los romanos eran invencibles donde quiera menos en Italia, como prestaba oídos á los que le inspiraban desconfianza respecto del general de Cartago. Aspiraba á proporcionarse nuevos aliados; y á pesar de esto, hizo valer añejas pretensiones á la corona de Macedonia, que le enajenaron el afecto de Filipo. Este, demasiado irresoluto para prevalerse de aquellas divisiones en ventaja de la Grecia y para engrandecimiento de su reino, abrió paso por tierra á los romanos; facilitáronse por mar las naves del rey de Pérgamo y de los rodios, y en el momento en que los aduladores de Antioco le aseguraban que los romanos jamás entrarían en Grecia vióles aparecer amenazadores. Derrotado en las Termópilas y en el mar de Jonia, Glabrio le expulsó de Grecia, dejándole reducido por último á una guerra defensiva.

Sucedieron los reveses hasta tal punto que Antioco decía que un dios le había echado un velo sobre los ojos. Prusias y Eumeno no cesaban de engrandecerse á su costa; y Anibal, cuyos consejos se oían tarde ó se seguían de mala manera, se esforzaba vanamente por reparar tantos desastres. Lucio Escipión, nombrado por el Africano para el mando del ejército de Asia, avanzaba rápidamente para ser su segundo. Después de haber cruzado el Hellesponto, se detenía en Troya para venerar allí la cuna de su nación y hacer sacrificios á Ilion, cuyos moradores eran tan pobres, que ni siquiera tenían con qué cubrir sus casas de tejas.

Haciendo caído el hijo de Escipión en poder de Antioco, este rey se le envió á su padre sin obtener por esto mejores condiciones. Juntó, en fin, todas sus fuerzas cerca del monte Sipilo; podía decirse que aquel era el último esfuerzo del Oriente contra la reacción occidental. Componían el ejército de Antioco diez y seis mil hombres armados á lo macedonio, mil quinientos galatas, jinetes y coraceros medos, argiraspidas, arqueros escitas y micios, cirteos, elimios, tracios, capadocios, cretenses, árabes montados en dromedarios, cincuenta y dos elefantes de la India, mucho más grandes y vigorosos que los de Africa, y por último, un gran número de carros armados de dallos. Pero los romanos y especialmente Eumeno, rey de Pérgamo, suplieron al número á fuerza de valor y

destreza. Derrotaron completamente á Antioco, matándole cincuenta mil hombres y haciéndole ciento noventa mil prisioneros.

Esta derrota abatió para siempre el poder de Siria. Al conceder Roma la paz á su soberano se propuso no tanto expulsarle del Asia, y más acá del Tauro, como debilitarle y mantenerle en una absoluta independencia; este fué principalmente su objeto al obligarle á pagar en doce años la suma de 12.000 talentos, y además la de 350 á Eumeno, rey de Pérgamo; á entregar todos sus elefantes y todos sus bajeles; á dar en rehenes su propio hijo y el etolio Toas. Se le impuso además la obligación de entregar á Anibal; y tal vez no consistió en él no dar cumplimiento á esta condición, padron de ignominia para la diplomacia de los que poco antes habían denunciado á Pirro el envenenamiento meditado por su médico.

Consecuente Roma con el papel que había adoptado, no reservó para sí una pulgada de terreno, y distribuyó sus conquistas á sus dos aliados más poderosos en esta guerra. Tocó á los rodios la Caria y la Licia; á Eumeno las dos Frigias, la Lidia, la Jonia, el Chersoneso. Menos perjudicial fué para Antioco la pérdida de aquellos Estados, que tener á su lado un rival y un vigilante tan poderoso; así como se había colocado á Massinisa á las puertas de Cartago, y á las dos ligas cerca de Filipo.

En seguida fué asesinado Antioco, cuando quería apoderarse de los tesoros de un templo, para pagar el tributo que le había sido impuesto; su hijo Seleuco Filopator vivió en el estado de paz á que su debilidad le condenaba (187-176). Armenia se había hecho independiente después de la derrota de Antioco, y los dos gobernadores Artaxias y Zariadras constituyeron (190) los dos reinos de la grande y de la pequeña Armenia, que veremos figurar más tarde en la historia romana.

Hemos visto un siglo antes de estos acontecimientos establecerse los galos bajo el nombre de galatas en Frigia. Habían formado una aristocracia militar, de la cual sacaban doce tetrarcas electivos y temporeros, encargados de la administración de las diversas provincias, y quienes formaban el gobierno. Además había el consejo de los Trescientos, custodio de los privilegios de la raza conquistadora y tribunal



supremo de justicia. Dejaron á los vencidos su religion y los griegos continuaron adorando á Júpiter y á Diana, como los frigios á la diosa Madre, venerada en Persinunta, bajo la figura de una piedra negra é informe caída del cielo, mezclando á esto los ritos locamente obscenos de los galos. Al tiempo de la segunda guerra púnica habian leído los romanos en los libros sibilinos, que si un extranjero invadía la Italia, sería trasladada á Roma la Cibele de Pesinunta. A este fin enviaron embajadores á dicha ciudad y los frigios les entregaron la diosa.

Poníanse alternativamente los galatas á sueldo del rey de Siria y de Pérgamo, para quienes eran aliados indóciles y peligrosos. Este oficio y sus fechorías les valieron grandes riquezas: de tal modo, que Ariamno, uno de sus feudatarios, pudo sostener mesa abierta por espacio de un año entero, obligando á los viajeros á que licieran alto, para ser partícipes de su hospitalidad. Anibal y Antiocho habian proyectado atraerlos á la liga que meditaban; pero respondieron que se hallaban sobradamente seguros en medio de sus montañas. A pesar de este baluarte, el cónsul Manlio atacó á las tres tribus galatas de los trocmos, de los tolisboios y de los tectosagos, y secundado por los sacerdotes frigios, los venció, obligándoles á restituir todas las plazas arrancadas á los aliados de Roma. Además se les obligó á renunciar á sus fechorías y á aliarse con Eumeno, á quien se confió el cuidado de contenerlos.

La mujer del tetrarca Ortiagono, llamada Chiomana, mereció en su derrota libertarse del olvido.

Habiendo caído prisionera (189), fué entregada á la custodia de un centurion que, brutal y tentado de apetito, usó de violencia con ella, y luego la prometió la libertad, mediante el rescate de un talento ático. Dió ella aviso á sus deudos, quienes, en el plazo convenido, enviaron el rescate á orillas de un rio; el centurion se dirigió allí con ella; pero en el momento en que pesaba la plata, mandó la cautiva á los esclavos que le dieran muerte, y llevándose la cabeza, fué en busca de su marido. Noticioso éste de lo que habia hecho, exclamó de este modo:—*Oh, mujer! la fidelidad es excelente cosa.—Sí, ciertamente, repuso ella, pero es mejor*

*todavía poder decir: dos hombres vivos no se jactarán de haberme poseído.*

Citase tambien á Camma, mujer del tetrarca Sinato, de quien el jóven Sinorix se enamoró tan perdidamente que, no pudiendo vencer ni satisfacer su pasión, mató á su marido, y despues pidió su mano á sus padres. Estrechada por su familia á consentir en aquel enlace, cedió á esta exigencia; pero el dia de la boda presentó al pié del ara una copa envenenada á su novio, despues de haber bebido ella, y murió aplaudiéndose de su venganza.

Las ciudades de la Troada, de Eolia, de la Jonia, ofrecieron coronas á Manlio por haberlas libertado de aquellas hordas. Así continuaba Roma mostrándose libertadora, y en el espacio de diez años (200-190), se habia hecho, no señora, sino árbitra del mundo, desde el Eufraates hasta el Atlántico. Hallábanse las principales potencias debilitadas hasta el punto de no atreverse á desplegar una bandera sin su asentimiento: se habia puesto bajo su tutela el Egipto desde el año 201; los pequeños Estados ambicionaban su amistad ó imploraban su patrocinio. Presente donde quiera por sus emisarios que, bajo las insignias de embajadores, representaban el papel de espías y agitadores, mantenía vivas las reciprocas rivalidades, fomentaba las facciones dentro y las guerras fuera hasta en los más pequeños países: admitía todas las querellas alegadas contra Filipo, contra Antiocho ó contra los etolios, dando siempre la razon á los débiles y condenando á los fuertes. Lo prodigioso es que no la habian agotado tantas guerras y que enviaba nuevas colonias. Prueba evidente de la eficacia de su sistema, que consistía en reclutarse de continuo entre las naciones italianas y los libertos, asimilándoselos.

## CAPITULO XXI.

Roma en el interior.

En tanto que poseía Grecia su libertad en los brazos de su pretendida hermana, despojábase Roma de su original carácter: vencido el Oriente, se vengaba propagando sus ideas y costumbres entre sus vencedores. Preservados éstos hasta entonces del vicio, más bien por ignorancia que por efecto de discutidas doctrinas

ó de severas creencias, no bien conocieron las estragadas costumbres asiáticas, cuando se precipitaron en ellas.

No era esto en secreto, sino públicamente en el Foro y en el Capitolio, en donde se adoraba á los dioses con diferentes ritos de aquellos de la patria. Casó el Saturno latino con la griega Rea, robóse á Marte sabino su antigua esposa Neriene, y se la confundió con el Ares homérico; el Jano etrusco se metamorfoseó en Diana, aunque permaneció á el par que Jano al lado del Zoo de los griegos, antes del cual se le nombraba siempre en las invocaciones, mezclándose á las divinidades agrícolas y á las pastoriles una generacion de dioses guerreros, á cuya cabeza se encontraba Rómulo.

Mandó el Senado por un decreto en el año de 534 de Roma, la demolicion de los templos de Iso y de Serapis (220); como no quisiese ningun ciudadano poner la mano en obra tan sacrilega, dió Paulo Emilio el primer hachazo al edificio. Ochenta años despues (110), el pretor C. Cornelio Hispalo arrojó de Roma y de Italia á los astrólogos y caldeos y á los adoradores de Júpiter Sebato. Hemos dicho que los romanos, con el fin de reanimar en la segunda guerra púnica el valor de los ciudadanos, habian traído de Frigia á la gran diosa, cuyo culto fué un manantial de nuevas supersticiones, las que se multiplicaron mientras mayores eran los peligros, no siendo tan numerosos nunca los prodigios como en la guerra con Cartago. Pronunció en el foro la palabra *triumfo* un niño de seis años; amontonáronse en el cielo figuras de buques, y el templo de la Esperanza fué herido por el rayo. Blandió su lanza Juno; cae en Piceno una lluvia de piedras; en otra parte sale de la tierra una sangrienta ola; ábrense los cielos; se cubren de sudor los ídolos; conviértense en gallos las gallinas; nacen cabras con un vellon de lana; choca la luna con el sol ó aparece doble.

Para conjurar presagios tan funestos, multiplicanse las ceremonias, pareciendo que otras divinidades y otros hombres hayan reemplazado á los antiguos.

Si la variedad de dioses de la Grecia y la introduccion de un culto extraño era manantial de lo bello, entre los italianos naturalmente inclinados á aplicar las ideas á la política, alte-

raron su conducta y modo de vivir, proporcionando nuevo alimento á su orgullo y sensualidad. Tomaron, pues, un carácter religioso el libertinaje y el hábito de derramar sangre. Acudia el pueblo á los juegos de los gladiadores, traídos de la Campania, para saciarse en ellos con el espectáculo de la muerte, entregrándose en las bacanales á toda clase de disolucion. Era el culto de Baco, entre los etruscos, desde muy antiguo, símbolo de la vida y de la destruccion; hacíanse las iniciaciones todos los años por espacio de tres dias, sólo por las mujeres y á la luz del sol. Pervirtiólase, segun Tito Livio, una sacerdotisa de Capua, llamada Pola Minia, y un sacerdote griego, admitiendo en ellas hombres y mujeres reunidos, y llegó á tener cinco reuniones nocturnas cada mes. Describe Varron las pompas báquicas en Lavinia, en donde era paseada la imágen del falo en un carro por las calles, y coronada por la más casta de las matronas.

Habíanse introducido secretamente estos ritos de la Etruria y de la Campania. Queriendo ser iniciado en ellos Tito Sempromio Rutilio (186) se lo propone á su yerno, comunicalo éste á su querida, que, sobrecogida de espanto, le induce á la desconfianza, diciéndole que podría ser un artificio para hacerle perecer, y no darle cuenta de sus bienes cuya administracion habia tenido su suegro. La cree y se refugia al lado de una tia. Pero denuncia esta última el hecho á los cónsules y se descubre por este medio la existencia de estos misterios, en los que los iniciados se mezclaban en la oscuridad, despues de haber corrido como furiosos hácia el Tiber para sumergir en él sus encendidas teas. El que rehusaba tomar parte en las infamias que se cometían, era precipitado en profundos abismos. Habrán alterado el espanto del vulgo, la astucia de los gobernantes y el hábito de juzgar criminal todo lo que es misterioso, el relato de este hecho, pues imposible es discernir lo que hubiese de cierto en estas imputaciones, pudiéndose sólo asegurar que fueron colocados durante la noche puestos de vigilancia, que se hicieron pesquisas y que se descubrieron siete mil iniciados sólo en el recinto de Roma. Declaradas culpables gran número de mujeres, fueron entregadas á sus padres para que las aplicasen el suplicio doméstico; siguiendo en